

Edificando conforme al Plan

El plan del Arquitecto Divino

Con un sonido estruendoso se hendieron las paredes y se desmoronaron. El techo se pandeó y cayó a pedazos. Un piso se desplomó encima de otro y aplastó, atrapó y mató a los residentes. En pocos segundos, el alto edificio de apartamentos quedó reducido a escombros. ¿Cómo sucedió el desastre? El edificio parecía fuerte, ¿cuál fue la causa de su repentina destrucción?

Investigaciones posteriores revelaron que el constructor no había seguido los planos y especificaciones de construcción apropiados. Dispuesto a jugar con las vidas y la seguridad de seres humanos por amor al dinero, había hecho economías fraudulentas en cada parte de la construcción.

La densidad del concreto había sido reducida no se habían instalado todos los refuerzos de acero requeridos para los cimientos. Las paredes y pisos carecían de las varillas de acero necesarias para reforzar y sostenerlo. Así, estos resultaron inadecuados para la altura y peso del edificio. ¿Los resultados? ¡Tristeza! ¡Destrucción! ¡Muerte! Así como este constructor ignoró descuidadamente las normas y especificaciones de construcción, muchos cristianos alrededor del mundo descuidadamente desatienden el plan del Maestro Constructor para la edificación de Su Iglesia.

En la mayoría de los casos, la evangelización personal y de masas, y la predicación y enseñanza de la Palabra de Dios, no se hacen conforme al plan bíblico dado por la Iglesia por el Arquitecto Divino. Muchos de los que están comprometidos en la obra de la edificación de la Iglesia están tan sortos en sus propias ideas y esquemas que no se detienen a considerar si están trabajando conforme a las indicaciones divinas, si su obra pasará el escrutinio final de Dios.

Dios es el Constructor y Edificador de Su Iglesia (Mateo 16:18). Pero Él ha escogido a sus hijos terrenales para ser Sus colaboradores (Corintios 3:9). El trabajo del cristiano en la edificación de la Iglesia es similar al de un contratista. Así como un contratista es responsable de seguir exactamente los planos que le ha dado el propietario del edificio, nosotros somos responsables de seguir el plan de Dios para la edificación de Su Iglesia.

Dios es el verdadero Hacedor de todas las cosas. *“Porque toda casa es hecha por alguno; pero el que hizo todas las cosas es Dios”* (Hebreos 3:4). Dios hace todo según sus planes eternos. Él no cambia. Él nunca se acomodará a las ideas del hombre ni seguirá la corriente de los tiempos. Él nunca permitirá ningún cambio en las especificaciones que ha establecido para todo lo que ha planeado hacer en lo que llamamos “tiempo”. Su obra siempre tiene cimientos adecuados y Él edifica con cuidado, paciencia y precisión. Él rehúsa tomar atajos en lo que hace y nunca emplea materiales inferiores ni métodos contrarios a Su naturaleza santa y perfecta.

El primer relato en la Escritura acerca de la obra constructora de Dios muestra cuando Él creó los cielos y la tierra. *“Por la Palabra de Jehová fueron hechos los cielos, y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca... porque Él dijo, y fue hecho; Él mandó, y existió”* (Salmo 33:6,9). Dios fue el Creador Constructor de todas las cosas, visibles e invisibles. La mentira de Satanás, la teoría de la evolución mañosamente enseñada a hombres necios e incrédulos, es contraria a la naturaleza y carácter de Dios. Con Dios nada queda al azar. Él siempre tiene pleno dominio y control de todas Sus obras. Todo fue creado conforme a Su plan perfecto, y Él declaró que todo esto era bueno (Génesis 1:31).

Posteriormente en las Escrituras tenemos el relato del mandato que Dios dio a Noé de construir un arca. Pero el Señor no le ordenó que construyera el arca para después dejarlo formular sus propios planes. Dios le dijo a Noé exactamente lo que debía hacer; y Noé, fiel obrero de Dios, hizo todo como el Señor le había mandado hacer (Génesis 6:22).

Cuando Dios escogió morar con Israel, Él ordenó a Moisés construir el tabernáculo. ¿Y cómo había Moisés de construirlo? *“Mira, haz todas las cosas conforme al modelo que se te ha mostrado en el monte”* (Hebreos 8:5). Cada detalle, desde los zócalos de plata que sostenían las tablas del tabernáculo hasta las cubiertas exteriores de pieles de tejones, había de hacerse exactamente de acuerdo con el patrón divino mostrado a Moisés

Muchos
cristianos
desatienden
el plan del
Divino
Arquitecto
para la
edificación de
Su Iglesia

en el monte Sinaí. La Escritura nos asegura que Moisés fue fiel a quien lo constituyó (Hebreos 3:2). Sólo en una ocasión se nos dice que Moisés fue descuidado y no obedeció el claro mandato del Señor; al golpear, en vez de hablar a la roca, fue privado de entrar a la tierra prometida (Números 20:7-12). ¡Cuán importante es hacer todas las cosas de acuerdo con el plan de Dios!

La obra de Dios de la creación de los cielos y la tierra fue hecha por el poder de Su Palabra. Noé y Moisés siguieron la Palabra de Dios en todo lo que hicieron. La presente obra de Dios, la edificación de Su Iglesia, también está siendo llevada a cabo por medio de Su poderosa Palabra. «Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo» (2 Corintios 4:6).

La construcción del universo fue la obra absoluta de Dios; Él no usó ningún agente angélico ni humano. Pero la grandiosa obra de la edificación de la Iglesia, así como la obra de la construcción del arca y del tabernáculo, ha sido confiada a Sus hijos. "... Tenemos este tesoro en vasos de barro..." (2 Corintios 4:7). "... Y me seréis testigos... hasta lo último de la tierra" (Hechos 1:8). Dios ha decidido llevar Su Iglesia a plenitud por medio de la enseñanza de Su Palabra por parte de los miembros de la Iglesia.

Si el arca y el tabernáculo tuvieron que ser hechos exactamente conforme al plan de Dios, ¿no deberá la Iglesia también ser edificada de acuerdo con Su plan? Con toda certeza, la Esposa de Cristo es de mayor importancia que el arca o el tabernáculo. Él uso del arca llegó a su final, y el tabernáculo fue superado por el templo, pero la Iglesia ha de durar por toda la eternidad. Por tanto, "Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es" (1 Corintios 3:17).

Toda obra humana, en relación con la edificación de la Iglesia, habrá de ser probada por fuego. Vendrá bajo la mirada escrutadora del Gran Maestro Constructor cuyos siervos y colaboradores somos nosotros. "Porque nosotros somos colaboradores de Dios..." y por tanto debemos ser sabios y tomar cuidadosa nota, para ver si estamos haciendo nuestra labor como Él nos ha mandado (1 Corintios 3:9-23).

Pablo se refiere a sí mismo como perito arquitecto (1 Corintios 3:10). Él puso el fundamento del Evangelio sobre el cual se edificó la fe y la esperanza de los corintios, y advirtió a los maestros de la Biblia en Corinto que fueran cuidadosos con aquello que iban a edificar sobre los fundamentos bíblicos que él había colocado (1 Corintios 15:1-4).

¿Por cuál patrón juzgaba Pablo su propia obra y métodos de construcción y concluía que él era un perito arquitecto?

¿Cómo pueden otros edificadores estar seguros de estar procediendo de la manera correcta y de que su trabajo hallará la aprobación divina? ¿Nos ha dicho Dios sólo qué enseñar en su Palabra, o también nos ha mostrado cómo enseñar? ¿Cómo

podemos estar seguros de que el fundamento que ponemos, sol el cual otros harán descansar su fe, los conducirá al cielo y estar firmes en el gran día de la prueba? ¿Cómo podemos estar seguros de haber enseñado a los hijos de Dios todo lo que Él quiere que sepan? ¿Qué pautas de supervisión usaremos para determinar si estamos progresando y si estamos llevando a cabo la obra de acuerdo con el plan divino? ¿Cómo pueden los que plantan iglesias saber si han hecho todo lo que han debido hacer? Estas preguntas ocupaban mi mente y guiaban mi búsqueda cuando, como nuevo misionero, yo era responsable de echar los fundamentos del Evangelio y edificar a los miembros individuales del cuerpo de Cristo en una remota isla de las Filipinas. Pasaron años antes que comprendiera las respuestas a estas preguntas. ¿Por qué me llevó tanto tiempo? Porque mi mente estaba cautivada por los métodos tradicionales de enseñanza bíblica. Las respuestas que necesitaba las encontré finalmente concentrando mi atención en la Palabra de Dios.

Después de que mis oraciones fueran contestadas y de que el Señor me mostrara los principios de enseñanza que Él había usado e ilustrado a través de toda Su Palabra, Él entonces abrió oportunidades para compartir estos principios con otros que también estaban buscando. En 1980 dicté un seminario para misioneros en las Filipinas. Estos principios de enseñanza bíblica entusiasmaron y captaron la atención de muchos que luchaban con problemas idénticos a aquellos que una vez enfrenté en la evangelización y fundación de iglesias. Estos misioneros regresaron a su trabajo con renovado entusiasmo, porque ahora tenían pautas más claras y metas precisas para su ministerio de enseñanza.

En Bolivia, Indonesia, Papúa Nueva Guinea, Senegal, Tailandia y los Estados Unidos también se llevaron a cabo seminarios. Los principios iniciales se concentraron en la evangelización, y cuando los misioneros regresaron a su labor y empezaron a seguir las pautas bíblicas para la evangelización, hubo resultados inmediatos y duraderos.

Mediante la enseñanza de un panorama cronológico de la historia bíblica, empezando con Génesis y concluyendo con la ascensión de Cristo, se establecieron fundamentos firmes para la fe salvadora. Muchos nativos de varios grupos tribales han llegado a una comprensión clara de la naturaleza y carácter de Dios, de su propia pecaminosidad, impotencia y falta de esperanza, y de la obra salvadora plenamente suficiente de Cristo por medio de Su muerte, sepultura y resurrección. Su comprensión del plan de Dios para la salvación y la certeza de su fe sobrepasaron ampliamente las de muchos otros que antes habían profesado conversión. Además por medio de esta enseñanza cronológica, mucha gente sincera de la tribu, que previamente había abrazado el cristianismo, se dio cuenta de que había comprendido mal el mensaje de los misioneros y ahora confiaban en un mensaje que entendían claramente.

Uno de los primeros informes de gran bendición vino de Bot

Kennell y George Walker. Ellos habían seguido estos métodos escriturales al enseñar la historia de la Biblia a la primitiva y aún no alcanzada tribu bisorio en la región Sepik de Papúa Nueva Guinea. El pueblo bisorio respondió a un mensaje de las Escrituras que entendieron con claridad. La de ellos no fue una fe ciega, basada meramente en lo que decía el hombre blanco. En vez de eso, se basó en una comprensión clara del Dios de la Biblia y de la historia de la redención.

¿Cuál es el más claro, sencillo, y comprensivo método de enseñar la Palabra de Dios para preparar a la gente para la evangelización y enseñarles el camino de Dios para ser salvos? ¿Cómo debemos enseñar a fin de edificar a los hijos de Dios y llevarles al conocimiento de todo el consejo de Dios? Estas preguntas deben ser de gran importancia para nosotros, seamos profesores de seminario, pastores, misioneros, líderes de clases bíblicas, maestros de escuela dominical, obreros juveniles, o padres interesados, que desean ver que a sus hijos se les enseñe la Palabra de Dios.

Cristo y Su Evangelio son los únicos fundamentos que Dios ha ordenado como objeto de fe de los pecadores culpables (1 Corintios 3:11; Efesios 2:20). Pero hay gran confusión incluso entre cristianos respecto de estos fundamentos y de la manera correcta de establecerlos mediante la predicación de la Palabra de Dios.

En la construcción de cualquier edificio, los cimientos son la primera parte de la estructura que se prepara, y se debe hacer con tanto esmero y exactitud como el resto de la construcción. La mayoría de las veces, la predicación del Evangelio se hace con muy poca preparación de los fundamentos. Este grave error ha contribuido a crear una multitud de falsas profesiones de fe, y ha llevado a la incertidumbre acerca del fundamento de su fe, a muchos nuevos cristianos.

Usualmente nos acercamos a la Biblia como si fuera un cofre de preciosas y hermosas joyas, a las que no se les ha dado ninguna forma ni diseño definitivo y pensamos que es nuestra responsabilidad disponerlas en un orden que realce su belleza y haga ser más apreciadas. Es un error obvio de la educación cristiana, dejar de enseñar la Biblia como un solo libro, tal y como Dios la preparó a través de la revelación progresiva. Se idean y preparan cuidadosamente bosquejos de enseñanza, pero rara vez detenemos a considerar que la Biblia ya ha sido preparada por Dios y nosotros, con un bosquejo propio, que si se sigue, nos dará una exposición clara, comprensiva y sencilla de toda la Palabra de Dios.

La mayor parte de los maestros de enseñanza cristiana enfatiza doctrinas individuales de la Biblia en vez de presentarla como una revelación completa e interdependiente de Dios. Las herejías,

malas interpretaciones y énfasis excesivo en ciertas escrituras así como el denominacionalismo, en la mayoría de los casos, pueden atribuirse a la falta de enseñanza bíblica cronológica y panorámica.

Después de muchos años de escuchar sermones doctrinales temáticos, sin secuencia, la mayoría de ellos basados en textos aislados, muchos miembros de iglesias todavía no conocen la Biblia como un solo libro. A menudo pueden conocer algunas doctrinas y versículos repetidos, pero rara vez las Escrituras se comprenden según su propia estructura histórica, dada por Dios.

En la mayoría de las escuelas dominicales, a los niños se les enseñan historias bíblicas fuera de un orden cronológico y hay grandes porciones de la Palabra de Dios que nunca se tocan. Es poco probable que aun el alumno más fiel se gradúe con un conocimiento completo de la Biblia. Normalmente, los misioneros extranjeros tampoco han sido sabios al enseñar las Escrituras a personas sin ningún conocimiento bíblico previo. Apenas hacen algunas modificaciones pequeñas a los métodos que se emplean en sus países de origen. Por lo general, asignan un tiempo insuficiente a la enseñanza del trasfondo vetero-testamentario y a los fundamentos del Evangelio. Con frecuencia el triste resultado es un sincretismo de creencias paganas y cristianas. Muchos de los que han abrazado el cristianismo, no entienden que el Evangelio y las Escrituras son un solo libro. La

mayor parte de los misioneros están tan ansiosos de predicar el Evangelio, que consideran una pérdida de tiempo innecesaria, enseñar muchas porciones históricas del Antiguo Testamento. No obstante, estas secciones constituyen la base para una comprensión clara del advenimiento de Cristo y de la necesidad de Su muerte, sepultura y resurrección. Enseñar el Antiguo Testamento, correctamente, preparará el corazón del pecador para recibir el Evangelio con arrepentimiento genuino y fe verdadera (Gálatas 3:24).

Este libro registra mis frustraciones, mi búsqueda, y también mi gozo al descubrir principios divinos de enseñanza y pautas en la Palabra de Dios, así como también una clara, sencilla, y a la vez comprensiva, manera de enseñar las Escrituras a los perdidos y a los hijos de Dios.

A través de mis propias experiencias, pero lo que es más importante, sobre la base de la Palabra de Dios, me dedicaré a mostrar que las Escrituras fueron reveladas progresivamente por Dios en el contexto y marco de referencia de la historia; y, por consiguiente, la mejor manera de enseñar la verdad divina en cualquier cultura es la manera de Dios, dentro del marco de referencia histórico y cronológico de las Escrituras.

Es poco probable que aun el alumno más fiel de escuela dominical se gradúe con un conocimiento completo de la Biblia.

Revise los fundamentos

La tribu palawano, que vive en la isla de Palawan en la región suroccidental de la Filipinas, fue oprimida durante siglos.

Los fieros y orgullosos musulmanes que vivían en las pequeñas islas aledañas a la costa palawana oprimieron a este tímido y temeroso pueblo de la selva durante muchos años. Numerosos relatos, ahora parte del folclor palawano, narran las masacres y abusos que los «moros», merodeadores marinos musulmanes, causaron a la gente de la tribu palawano.

Los palawano también sufrían en manos de los colonos filipinos que migraron desde otras islas de las Filipinas. Llegaron buscando tierra para sus cultivos de arroz y plantaciones de coco, y madera de construcción de los bosques vírgenes para exportar. Muchos de estos colonos se aprovecharon de los nativos de Palawan. Notaron que esta gente, sencilla y sin educación, se intimidaba fácilmente. Por temor a estos nuevos pobladores agresivos, muchos palawano abandonaron sus tierras ancestrales y plantaciones de coco cercanas al mar, para irse a las menos hospitalarias colinas y montañas de la isla.

Después, vino un tiempo de mayor tristeza y prueba. Su isla fue invadida por los japoneses. Esta fue una época terrible en la historia de los palawanos. Violaron a las mujeres, y a los niños los asesinaron brutalmente. Se robaron el ganado y lo mataron. El arroz, su alimento básico, a menudo escaseó por la destrucción maliciosa y deliberada que los invasores hicieron de graneros. El sufrimiento de esos años sobrepasó a todos los demás segmentos de su triste historia.

Pero al fin vino un alivio de sus temores y degradación. El ejército de los Estados Unidos liberó a Palawan. En todos mis años con los palawanos sólo escuché alabanza y admiración por estos soldados, nunca una palabra de reproche. Mientras visitaba los hogares de la tribu, muchos ancianos me preguntaban si conocía a algún oficial particular que les había ofrecido amistad. Hablaban de ellos con gran afecto. Era evidente su deleite al recordar incidentes cuando los “amirikans” habían advertido a los nacionales filipinos no tratar mal a los “hermanitos palawanos” de los estadounidenses. Para los palawanos, fue un día triste cuando el ejército estadounidense se retiró de Palawan y su futuro se tornó incierto una vez más.

Los años pasaron, y entonces, en forma muy inesperada, otro estadounidense llegó a esa parte de la isla. Era todavía más generoso que todos los demás norteamericanos que habían conocido antes. La malicia y el enojo son sumamente desaprobados en la sociedad palawana; pero este misionero desplegó amor y bondad. Mediante su

ministerio y el de los misioneros que le siguieron, varios miles de palawanos profesaron su conversión, fueron bautizados y organizaron en iglesias autóctonas.

Cuando llegamos, años después, preguntamos a los palawano por qué se habían dejado bautizar tan rápidamente. Un hombre respondió: «Hubiéramos hecho cualquier cosa por ese primer misionero. Si él nos hubiera pedido que nos cortáramos los dedos lo hubiéramos hecho con gusto».

Siempre existe el peligro de que personas previamente explotadas y rechazadas respondan al mensaje del Misionero cristiano, no porque vean su verdadera necesidad como pecador y comprendan el Evangelio, sino por un genuino aprecio y un gran deseo de escapar de sus dificultades y degradadas condiciones sociológicas. Este fue el motivo principal para que se diera este movimiento popular al cristianismo que tuvo lugar casi inmediatamente cuando los primeros misioneros de Nuevas Tribus predicaron a los palawanos.

Confusión con respecto al evangelio

Después de este gran movimiento, llegaron más misioneros para colaborar en la obra. Fielmente enseñaron los deberes cristianos a quienes habían profesado conversión. Sin que lo supieran, la mayoría de los miembros palawanos de la iglesia estaban interpretando las responsabilidades de los creyentes de la única forma que podían, como gente perdida. Pensaban que los deberes del creyente eran las cosas que debían hacer para seguir «en Dios». Usaban el término “en Dios” para describir su conversión al cristianismo. Habían llegado “a Dios” por aceptar a Cristo por medio de la fe, y ser bautizados, asistir a la iglesia, cantar, orar, no robar y no cometer adulterio. Para los verdaderamente consagrados, la abstinencia del alcohol, de mascar la nuez betel, y de usar tabaco, también se entendían como necesarias para mantener su posición “en Dios”.

Durante las reuniones de la iglesia, a veces hablaban de Cristo y de Su muerte; pero con más frecuencia testificaban de su fidelidad al Señor por la abstinencia de obras pecaminosas y asistencia a la iglesia. Era obvia la completa ausencia de alabanza a Dios por su salvación en Cristo, provista exclusivamente por Su gracia inmerecida. Aunque sé que había enseñado la salvación por fe, la mayoría no había entendido claramente. Ellos confiaban en una mezcla de gracia y más obras.

A pesar del énfasis en la vida cristiana, muchos dejaron de vivir según los patrones bíblicos.

**Era obvia
la ausencia
de la alabanza
a Dios por
su salvación
en Cristo,
provista mediante
Su favor
inmerecido.**

divorcio, el nuevo matrimonio y la borrachera eran práctica normal de la vieja manera de vivir palawana y continuaban siendo los problemas principales de todas las iglesias. Los misioneros y los ancianos estaban muy preocupados por su condición y les exhortaban constantemente para que se apartaran de estos viejos caminos y siguieran el camino nuevo en Cristo. Los miembros desobedientes de las iglesias se arrepentían y funcionaban externamente como cristianos por un tiempo, pero a menudo caían nuevamente en sus viejas costumbres hasta que una vez más eran desafiados y "reavivados", para empezar todo el ciclo nuevamente.

Aunque había personas fieles, la iglesia palawana era como un edificio al cual le faltaban los cimientos apropiados. Grietas largas aparecían continuamente en las paredes. Los misioneros y líderes gastaban su tiempo corriendo de iglesia en iglesia, tratando de resanar los boquetes. Pero el problema fundamental estaba en la ausencia de una comprensión básica fundamental por parte de la gente y en su aceptación del Evangelio.

Como no habían visto nunca su propia pecaminosidad personal y su incapacidad de agrandar a Dios, no se habían dado cuenta de que su única esperanza era confiar en la provisión de Dios para todos los pecadores por medio de la muerte, sepultura y resurrección de Cristo. Si ellos hubieran confiado únicamente en Él para ser aceptos por Dios, su fe hubiera producido entonces piedad genuina y obediencia a los mandamientos de la Escritura, no para obtener la salvación, sino como fruto de una verdadera fe salvadora.

Mi esposa y yo empezamos nuestro trabajo como misioneros en el extranjero con la Misión Nuevas Tribus en 1965 en las Filipinas. Trabajamos con la tribu palawana a lo largo de diez años. Mi responsabilidad era llevar a la madurez a los ancianos y a las iglesias a través de la enseñanza continuada de las Escrituras.

La única manera en que yo podía alcanzar y enseñar a las más de cuarenta iglesias pequeñas dispersas entre las montañas y la llanura era viajando constantemente a pie por las trochas con sus más celosos líderes. Mediante estas visitas, pronto se hizo evidente que la mayoría de los creyentes profesantes estaban confundidos e inciertos con respecto a los fundamentos básicos de la fe cristiana. Ellos estaban de acuerdo con la necesidad de la muerte de Cristo para la salvación del hombre; pero la muerte de Cristo, en el entendimiento de muchos, apenas aseguraba una parte de la salvación. Ellos pensaban que el resto se completaba con la obediencia a Dios.

La verdadera condición espiritual del pueblo se hizo evidente cuando empecé a cuestionarles con respecto a sus bases para la salvación. Usualmente empezaba preguntando: ¿Qué debe hacer una persona para ser salva?

A menudo eran renuentes para responder, pero después de darles a contestar y hacer preguntas directas a los individuos, empezaban a hacerlo. Algunos respondían: "Confiar en Dios", y otros decían: "Creer en Cristo".

Ante estas respuestas, yo preguntaba: "¿Qué pasa si una persona de veras cree y pone su fe en Cristo como su Salvador, pero no asiste a la iglesia? ¿Podría en realidad ser salva?"

Muchos respondían enfáticamente: "¡No!"

Otros decían: "Sí, si una persona cree verdaderamente, es salva, aunque no asista a la iglesia".

"Pero" —añadía yo— "¿qué si esa persona no es bautizada?"

Sólo unos pocos estaban persuadidos de que alguien pudiera ser salvo sin bautismo.

Entonces yo añadía lo que a muchos les parecía el punto decisivo: "Pero ¿qué si esa persona que verdaderamente confía en Cristo se emborracha o comete adulterio? ¿Podría de veras ser salva?" Sólo unos pocos en cada congregación creían que tal persona podría ser salva, e incluso ellos tenían graves dudas.

Además de hacerles preguntas, encontré otro método que era eficaz para determinar lo que creían los ancianos de la iglesia y maestros bíblicos palawanos. Primero les enseñaba la verdad y después la contradecía enseñando el error. En la cultura palawana, sería mala educación contradecir a un maestro, porque esto podría ocasionar que el profesor quedara mal ante los demás y se avergonzara; y esto, a su vez, avergonzaría a la persona que lo contradijo. A pesar de ello, era necesario enseñarles a estos líderes a tomar partido por la Palabra de Dios, sin importar la incomodidad cultural causada por confrontar a un maestro con la verdad. Las sectas falsas estaban aumentando en la isla, y estos líderes de la iglesia palawana debían encarar los esfuerzos de los falsos maestros por llevarlos a ellos y sus congregaciones al error. Era necesario asegurarme de que los maestros bíblicos realmente comprendieran el Evangelio, que estuvieran confiando solamente en Cristo y que pudieran permanecer firmes contra falsas enseñanzas. Por supuesto, sólo usé este método después de meses de enseñar a estos hombres, pues no hubiera sido efectivo si se hubiera empleado al comienzo de mi ministerio con el liderazgo palawano. Hubieran asentido verbalmente a mis palabras a pesar de lo que en verdad creyeran en sus corazones.

Aproximadamente cien ancianos y maestros palawanos se reunieron en una ocasión para nuestra conferencia mensual. Yo había enseñado durante muchas horas, sobre la salvación por gracia, exclusivamente mediante la fe. Después, sin advertencia ni explicación, empecé a enseñar fe más obras como el camino de salvación. Abruptamente, señalé a uno de los hombres y le pregunté: "¿Es correcto lo que acabo de decir? ¿Es cierto que los pecadores son salvos, no solamente por fe, sino por sus buenas obras?"

El maestro tribal titubeó y después respondió finalmente: "No, no es cierto. Somos salvos solamente por la fe".

Fingiendo sorpresa, le cuestioné: "¿Quieres decir que yo, el misionero, estoy equivocado?"

Vacilando dijo: "Sí, está equivocado".

Sin darles todavía ningún indicio de mis verdaderas intenciones, me volví a otro hombre y dije: "Él dice que lo que yo dije es erróneo, ¿estás de acuerdo?".

El respondió: "Lo que usted dijo es incorrecto".

Entonces le pregunté: "¿Hace cuánto eres cristiano?". Su respuesta indicó que era un cristiano mucho más joven que yo. "¡Ah!", dije. "Yo he sido cristiano por muchos años. También estudié la Biblia en un instituto bíblico. ¿Todavía piensas que puedo estar equivocado?". De nuevo, él respondió que yo estaba equivocado.

Aún así, no mostré acuerdo ni desacuerdo sino que me volteé a un tercero y le pregunté qué pensaba. Para mi sorpresa, dijo: "¡Usted tiene la razón!". Pensando que no me había entendido, le repetí lo que yo había dicho antes, que no somos salvos solamente por fe sino también por nuestras buenas obras.

Una vez más, él dijo que mis afirmaciones eran correctas.

Entonces le pedí, según mi proceder usual, que diera pruebas escriturales de esta afirmación. Para mi sorpresa aún mayor, señaló Efesios 2:8-9. Con la esperanza de que comprendiera su error al leer estos versículos, le pedí que los leyera a todos los presentes. Así lo hizo y concluyó diciendo: "Ahí está. Somos salvos, no solamente por fe, sino también por nuestras buenas obras".

Muchos de los hombres que escuchaban sonreían y pedí la sabiduría del Señor para saber qué decirle sin avergonzarle.

Por tanto le pedí a Perfecto, que así se llamaba, que leyera una vez más Efesios 2:8-9. Lo hizo pero todavía sostenía que estos versículos enseñaban salvación mediante la fe más las buenas obras. Supe que simplemente con decirle que estaba equivocado no establecería la verdad en su mente. Era importante que él viera por sí mismo lo que estos versículos enseñaban en realidad.

Le dije a Perfecto: "No parece que esos versículos digan lo que tú dices. Léelos una vez más, muy lentamente, en silencio, para que entiendas lo que de veras significan".

Mientras esperábamos, Perfecto leyó los versículos lentamente. Finalmente me miró con una gran sorpresa y dijo: "¡No! ¡Estoy equivocado! No somos salvos por obras y fe, sino solamente por fe a través de la gracia de Dios".

La situación que he descrito no es única. Hay multitudes alrededor del mundo, que son miembros de iglesias Evangélicas, pero no tienen fundamentos bíblicos firmes sobre los cuales edificar su esperanza de vida eterna. Se podrían dar ilustraciones de muchos lugares, incluyendo nuestras propias iglesias locales, donde la confusión y el sincretismo han proliferado a través del

sincero, pero descuidado o imprudente ministerio de los obreros cristianos.

Desde Sudamérica, David Brown escribió acerca de las iglesias entre los guahibos en Colombia:

"Los guahibos han sido objeto de la actividad misionera a través de muchos años. Ya en 1650, los jesuitas hicieron viaje: misioneros a este territorio que cubre casi todos los Llanos Orientales de Colombia. Ellos estaban particularmente interesados en esa tribu, pues era la más grande en esta área (hoy son unos 15.000). Cuando los jesuitas entraron en la zona, los guahibos eran todavía nómadas; pero con el paso del tiempo, se han establecido en pequeñas aldeas permanentes. En 1958 comenzó a conocerse una nueva religión llamada 'El camino evangélico' en esta zona. Esto atrajo inmediatamente la atención general; y en poco tiempo, con la llegada de más información, muchos empezaron a aceptar este nuevo estilo de vida. Hoy, casi treinta años después, la influencia del mundo exterior ha marcado a la tribu guahibo. A lo largo de la región se pueden hallar capillas con techo de paja al estilo nativo en donde se celebran servicios religiosos con regularidad.

"En cada localidad se lleva a cabo una conferencia evangélica semestral. A la primera que visité asistieron 700 indígenas, algunos de los cuales venían a pie de lugares distantes a tres días de camino. Eramos aparentemente los primeros misioneros blancos en visitar el área; y sin embargo, aquí había 700 personas reunidas para cantar y predicar entre sí. ¿Había en realidad necesidad alguna de nosotros? ¿No era ésta la iglesia neotestamentaria en acción? Sólo nos mantenía la seguridad de que Dios nos había llevado allí.

"Con el paso del tiempo han salido a flote serios problemas en la iglesia guahiba. Estamos encontrando que desde un comienzo, ellos nunca

comprendieron el mensaje. Aun aquellos que parecen ser los más celosos están confundidos en cuanto a los fundamentos de la salvación. Contestan las preguntas con respuestas de catecismo, pero no comprenden la obra sustitutoria de Cristo. Tienen la "... *apariencia de piedad, pero niegan la eficacia de ella* ..." (2 Timoteo 3:5). Y así, nos hemos visto obligados a examinar los errores y fallas del pasado y tratar de determinar dónde estamos ahora, y a buscar la dirección de Dios para el futuro".

No es difícil comprender y aceptar que la gente pueda creer en fe más obras para salvación en lugares donde no se ha enseñado bien el Evangelio. Pero ¿cómo es posible que los asistentes y miembros de iglesias buenas, a quienes se les ha enseñado el Evangelio, todavía no entiendan que la salvación es exclusivamente por la gracia de Dios? ¿Cuál es la respuesta? ¿Nos está haciendo falta algo en nuestra predicación?

**Es necio
instruir a
personas en el
andar
cristiano,
basándonos
en la mera
esperanza
de que hayan
nacido
de nuevo.**

Los pastores deben conocer su rebaño

Si bien es cierto que se puede comprender y rechazar el Evangelio, hay otras razones por las cuales la gente puede continuar en iglesias evangélicas sin ser verdaderamente salva. Una de ellas es que muchos pastores, líderes de jóvenes, misioneros, y otros obreros cristianos no revisan los fundamentos espirituales de aquellos a quienes enseñan. O, aun cuando los obreros cristianos hagan el esfuerzo de saber lo que la gente en realidad entiende y en qué confía para su salvación, son renuentes a confrontarlos con su verdadera condición delante de Dios.

Fue solamente a través del cuestionamiento persistente que descubrí que algunos de los ancianos de la iglesia palawana y muchos miembros eran ignorantes de verdades bíblicas básicas y habían entendido mal el camino de la salvación. La mayoría de las personas habían estado confiando en un mensaje falso por más de diez años, pero los misioneros que les habían enseñado no fueron conscientes del malentendido en las mentes de la gente. Ciertamente debemos ser prudentes al investigar; pero muchos maestros cristianos tienen tanto cuidado de no ofender que rara vez, si acaso, descubren la verdad acerca de sus congregaciones.

Algunos de ellos piensan que conocer la condición espiritual de una persona no es responsabilidad suya, porque creen que es algo que debe ser exclusivamente entre el Señor y la persona. Pero el Señor ha dado a Su pueblo no solamente la responsabilidad de predicar el Evangelio a los perdidos sino también la de ser pastores de la grey de Dios. ¿Cómo podremos proteger, fortalecer y alimentar esa grey si ni siquiera sabemos quiénes son las ovejas y quiénes las cabras? Reconozco abiertamente, como misionero, maestro bíblico, y como pastor, que es mucho más cómodo enseñar desde el pulpito que enfrentar a la gente a nivel individual con el fin de conocer y suplir sus necesidades reales. No obstante, si vamos a tener un ministerio eficaz y a seguir los pasos del Pastor de pastores, debemos tener un contacto persona a persona con las ovejas.

Los evangelios contienen muchos relatos de contactos personales de nuestro Señor Jesús y de Su ministerio con individuos. Tres de los encuentros más conocidos fueron con Nicodemo (Juan 3:1-12), la samaritana (Juan 4:1-26) y el joven rico (Mateo 19:16-22). En cada uno de ellos, Jesús hizo clara la verdadera condición espiritual de cada individuo y aplicó el remedio espiritual correcto de la Palabra de Dios. El contacto personal y la exhortación fueron también parte del ministerio del apóstol Pablo (Hechos 20:20,31; Colosenses 1:28).

En todos los campos misioneros que he visitado, he hallado una gran renuencia de parte de estos a encargarse seriamente de la importante tarea de conocer la verdadera condición espiritual de cada persona bajo su cuidado. Pero, es necio instruir a las personas en el andar cristiano, basándonos en la mera esperanza de que hayan nacido de nuevo. Si dejamos que simples profesantes actúen como hijos de Dios, aunque no tengan una fe genuina en Cristo, eso resultará en su condenación eterna. Este fue el caso en

las iglesias palawanas. La gran mayoría de los profesantes palawanos no comprendían el Evangelio. Se les había instruido para que vivieran como cristianos, pero muchos no eran hijos de Dios. Si no se les hubiera advertido de su grave peligro, se habrían ido en esta condición a la perdición eterna.

Un domingo por la mañana, después de haber enseñado la Palabra de Dios en una iglesia evangélica de Sydney, Australia, un hombre de edad me dijo: "Estoy en un grave problema. Necesito hablar con usted". Por no conocerle personalmente, no comprendí a qué tipo de problema se refería. El día siguiente, le visité en su casa. Cuando hablé con él, me dijo: "Su predicación me ha perturbado. He sido miembro de la iglesia durante cuarenta años, pero no conozco al Salvador". Después supe que, aunque otros miembros de la iglesia dudaban de que fuera salvo, nunca se habían preocupado por preguntarle qué creía. La mayoría presumía que él era hijo de Dios. ¡Qué triste habría sido que él no hubiera enfrentado finalmente su verdadera condición!

Un anciano palawano que había asistido a las reuniones durante varios meses vino a visitarnos desde su chocita en la montaña. Mientras hablábamos le pregunté: "Abuelo, ¿en qué está confiando usted para que Dios le acepte? ¿Cuál es su esperanza? El contestó: "Nieta, ¿no he venido a las reuniones? Cuando oras, yo cierro mis ojos. Trato de orar. No sé leer, pero procuro cantar". Y en verdad lo hacía. Solía sentarse a mis pies y mirar mi rostro mientras yo enseñaba la Palabra de Dios. El trataba de hacer todo como yo. Pero el viejo no había comprendido el Evangelio. Pensaba que las cosas hechas en la reunión eran una ceremonia o ritual para agradecer a Dios, a fin de ser aceptado por Él.

Le dije: "Abuelo, si esa es tu esperanza, si estás confiando en lo que estás haciendo, entonces Dios no te aceptará. Cuando mueras, irás al infierno. Dios no te recibirá por estas cosas". Continuamos hablando de estos asuntos antes de que él regresara a casa. Después algunas personas vinieron a decirme que el abuelo estaba enojado y que no iba a volver a ninguna reunión más.

Pensé: "Bien. Es un buen comienzo. Ahora, por lo menos, sabe que no se va a salvar por asistir a las reuniones".

Empecé a visitar al abuelo para enseñarle personalmente las verdades fundamentales del Evangelio. Él escuchaba con atención y finalmente comenzó a asistir a las reuniones de nuevo. Pero cuando mi esposa y yo nos trasladamos de ese sitio para vivir y enseñar en otro lugar donde no había ningún testimonio del Evangelio, él todavía no había hecho una profesión clara de fe en Cristo.

Tiempo después, regresamos a visitar la iglesia del área donde vivía el anciano. Al salir de la avioneta de la misión, pregunté a la gente de la tribu que había llegado a la pista a darnos la bienvenida: "¿Todavía vive el abuelo?"

Me dijeron: "Sí. Pero está ciego y cojo".

Inmediatamente me dirigí a su vieja chocita desvencijada y me senté junto a él. Estaba contento de que yo hubiera ido. Después

de un breve tiempo de visita, le dije: "Abuelo, vas a dejar este mundo muy pronto. ¿Cuál es tu esperanza? ¿En qué estás confiando para ser acepto a Dios?"

Él respondió: "Nieto, es como sigue. Cuando yo esté delante de Dios no voy a decirle que no soy pecador. Él sabe que lo soy". Pensé: "Pues, ¡gloria a Dios! Al menos eso ha aprendido de Dios". Continuó: "Voy a decirle lo siguiente a Dios: 'Dios, ¿ves a tu Hijo ahí a tu diestra? ¡Él murió por mí!'. Entonces, volviéndose a mí, me preguntó: "Nieto, ¿no me aceptará Dios por lo que ha hecho Él?"

Respondí: "¡Seguro que sí, abuelo!"

Las culturas y los pueblos varían. No todas las culturas responden a las preguntas, por persistentes que seamos. No obstante, es importante descubrir qué entienden y qué creen. Si hay una manera cultural más apropiada de conseguir esta información, debe emplearse. Pero, no importa cuál sea nuestro método, debemos descubrir la verdadera condición espiritual de la gente, porque sólo así conoceremos la correcta medicina espiritual que necesitan de la Palabra de Dios.

¿Qué es el Evangelio?

Otra razón por la que, en las iglesias evangélicas, algunas personas siguen sin ser salvadas es la forma en que se presenta el Evangelio. Muchos cristianos consagrados lo hacen de manera tal que la gente no salva y no preparada, no comprende que merece solamente el juicio de Dios, que la salvación es completamente obra de Dios, y que los pecadores no pueden contribuir con nada a su propia salvación.

Romanos 1:3 nos dice que el Evangelio es la buena nueva de Dios en cuanto a Su Hijo, Jesucristo nuestro Señor. Es la seguridad de Dios "... que Cristo murió por nuestros pecados; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras" (I Corintios 15:3-4).

El Evangelio trata primero y preponderantemente de Cristo. Es el mensaje de la obra histórica y completada de Dios en Cristo. El Evangelio es obra exclusiva de la Deidad. Cristo fue "... herido de Dios ..." "Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento ..." "El Señor puso "... su vida en expiación por el pecado ..." (Isaías 53:4,10).

Muchos confunden el Evangelio, la obra de Dios POR nosotros en Cristo, con la santificación progresiva, la obra de Dios EN nosotros por el Espíritu Santo. El Evangelio es totalmente objetivo. El Evangelio es completamente fuera de nosotros. El Evangelio no se trata del cambio que es necesario en nosotros, ni se cumple en nosotros. Se completó en Cristo, sin ninguna participación nuestra, hace casi dos mil años. El Evangelio no depende del hombre de ninguna forma. El Evangelio es distorsionado cuando hacemos que la gente dirija su mirada a lo que debe realizarse en ellos. No estuvimos, ni podemos estar involucrados en ninguna parte de la obra histórica, consumada y redentora de Cristo. Hay

que enseñar al pecador a mirar completamente más allá de sí mismo y a confiar exclusivamente en Cristo y Su obra de salvación.

La siguiente es una parte de un artículo escrito por misionero que son salvos y muy sinceros, pero que presentaron el Evangelio incorrectamente. En éste, narran una conversación que tuvieron con un indígena. Escribieron: "Cada miércoles por la noche visitamos a los padres de Biaz. Leemos una porción del Génesis hablamos de ella y hacemos preguntas. Una noche, Biaz dijo: 'E mal que hay en mí me tiene muy asustado, y no quiero que Dios me eche al fuego'".

Esta declaración revela claramente que Biaz era un alma preparada para el Evangelio. Reconocía su pecado personal y temía el juicio de Dios. Pero ¿qué respondieron los misioneros? Ellos le dijeron a Biaz: "Si pides a Jesús que eche de ti el mal en tu hígado y que te dé Su Espíritu, entonces pertenecerás a Él y no tendrás que temer más, e irás a Él". En vez de comunicarle a Biaz el mensaje histórico y objetivo del Evangelio como la provisión completa de Dios para su pecado y el juicio venidero, dirigieron la atención de Biaz a lo que hacía falta realizarse en su interior. Lo que le enseñaron a Biaz no era el Evangelio.

Terminología no escritural

Confundimos y distorsionamos el Evangelio en el entendimiento de la gente cuando tratamos de presentar el Evangelio haciendo uso de terminología que dirige su atención a lo que ELLOS DEBEN HACER en lugar de hacerles ver lo que DIOS HA HECHO por ellos en Cristo. Debemos emplear terminología que dirija a los pecadores arrepentidos a confiar en lo que ha sido hecho POR ELLOS (en lugar de, en favor de ellos por medio de Cristo, en vez de dirigir su atención a lo que deben hacerse EN ELLOS. "Acepta a Jesús en tu corazón". "Entrega tu vida a Jesús". "Abre la puerta de tu corazón al Señor". "Pide a Jesús que te limpie de tus pecados". "Haz tu decisión por Cristo" "Pídele a Jesús que te dé vida eterna". "Pídele a Dios que te salve". Estas frases modernas de uso común confunden la comprensión del Evangelio en la gente.

Al preparar a la gente para el Evangelio, debemos llevarles a un punto donde se den cuenta de que no pueden hacer nada. Pero aun cuando entienden su incapacidad de hacer algo por salvarse muchos evangelistas, misioneros y predicadores dicen cosas tales como: "Ahora, usted debe entregar su corazón a Cristo". Después de decirles que no pueden hacer nada, les dicen qué deben hacer ¿El resultado? ¡Confusión en cuanto al Evangelio! El interés de las personas y su preocupación se dirigen a su propia experiencia interior, en vez de dirigirse exteriormente a confiar solamente en la muerte, sepultura y resurrección de Cristo a su favor.

Los métodos y la terminología empleados en la evangelización en todo el mundo han distorsionado tanto el Evangelio que es necesario enseñar a los cristianos nuevamente los fundamentos básicos de la obra salvadora de Dios en Cristo, para que su presentación del Evangelio sea conforme a la Palabra de Dios

Aunque muchas personas han sido salvas con los actuales métodos evangelísticos, muchas otras no han entendido claramente el Evangelio. El mensaje que oyeron hizo tanto énfasis en el papel del hombre en la conversión, que la obra perfecta y terminada de Dios y la completa provisión en Cristo para los pecadores no fue comprendida, ni creída.

Si la atención de la gente se dirige hacia adentro, a sus propias obras, incluso quienes son verdaderamente salvos a menudo carecerán de seguridad de salvación. Surgirá constantemente dentro de sus corazones la pregunta: "¿Fui sincero? ¿Lo hice bien? ¿Recibí a Cristo de verdad? ¿De veras entregué mi corazón a Cristo?"

He enseñado a estudiantes de la Biblia que estaban preocupados y confundidos con estos temas. Un día, vino a mí una alumna profundamente preocupada. Habló conmigo de su conversión. Estaba inquieta: "¿Hice esto de la manera correcta? ¿Fui sincera en realidad? ¿De veras acepté a Jesús en mi corazón?". Estas preguntas la atormentaban. Ella había decidido finalmente que, por si acaso no "lo había hecho correctamente", verificaría conmigo lo que debía hacer. En su conversión, se había dado cuenta de que no podía hacer nada para salvarse a sí misma. Pero el evangelista le dijo que debía pedir a Jesús que entrara en su corazón y que debía entregar su vida a Cristo. Desde ahí, le preocupaba constantemente si había hecho o no todo lo que debía. Cuando hablé con ella, le expliqué que no se trataba de si ELLA "lo había hecho correctamente" sino de si el SEÑOR JESUCRISTO lo había hecho todo correctamente a su favor. ¿Satisfizo Él a Dios? Si así era, ¿estaba ella confiando, en la obra completa de Cristo a su favor o en su propia obra?

El Evangelio no es que el hombre acepte a Jesús como su Salvador, sino que Dios aceptó al Señor Jesús como el perfecto y único Salvador. El Evangelio no es que el hombre entregue su corazón o su vida a Jesús, sino que Cristo dio Su vida, todo Su ser, por los pecadores. El Evangelio no es que el hombre reciba a Cristo en su corazón, sino que Dios recibió al Señor Jesús en el cielo como el Mediador de los pecadores. El Evangelio no es que Cristo ocupe el trono del corazón humano, sino que Dios entronizó a Su diestra al Señor Jesús en el cielo.

¿Comprende usted la gran diferencia entre estos dos mensajes? Uno es subjetivo y hace énfasis en lo que debe hacer el hombre. El otro es objetivo y hace énfasis en lo que ya ha hecho Cristo. El pecador solamente ha de confiar en lo que ya ha sido hecho a su favor. El Señor Jesús clamó: "Consumado es". Él lo hizo todo. Jesucristo llevó sobre Sí la carga del pecado, toda la responsabilidad del pecado de la humanidad entera. Dios resucitó a Cristo de los muertos y lo aceptó en el cielo, porque había cancelado toda la deuda. La resurrección fue la señal de Dios a toda la humanidad de que había aceptado al Señor Jesucristo para siempre como el Salvador perfecto. Dios está satisfecho. ¿Lo está el pecador convicto? ¿Hará reposar toda la carga de la salvación de su alma sobre la aceptación de Cristo por Dios como el Salvador perfecto? ¿Dejará el pecador de tratar de salvarse a sí mismo,

de una vez por todas y para siempre? ¿Confiará solamente en el Hijo de Dios para su salvación?

Hay quienes llaman a este tipo de presentación del Evangelio: "Creencia facilista". Opinan que en la presentación del Evangelio, es necesario exigir que los pecadores tomen la cruz y sigan a Jesús, coronándole como Señor de sus vidas. Algunos predicadores creen que, al insistir en esto, evitan que la gente haga falsas profesiones. El remedio contra las falsas profesiones, sin embargo, no es añadir al Evangelio exigiendo al pecador que prometa seguir, obedecer y sufrir por Cristo. El Evangelio no tiene condiciones. La verdadera conversión no se consigue por medio de estas adiciones, sino por la preparación adecuada de la mente y corazón del pecador para el Evangelio. Esto lo hace el Espíritu Santo a medida que el pecador escucha las Escrituras y comprende que está perdido, impotente y sin esperanza, y condenado ante Dios, quien es su Creador justo y santo, y su Juez.

Dependencia de las acciones observables externas

Hay aún otro resultado grave de esta confusión respecto de la presentación del Evangelio. Multitudes de personas, cuya salvación es dudosa, se aseguran que Dios las acepta porque en alguna ocasión de su vida hicieron lo que les mandó hacer un predicador. Tomaron una decisión. Pasaron al frente e hicieron lo que se les exigió. A pesar de que sus vidas no han sido cambiadas por el poder de Cristo y su estilo de vida revela un espíritu inconverso, se refugian en lo que hicieron. Confían en lo que hicieron ellos en vez de confiar en lo que hizo Cristo. Multitudes de meros profesantes creen que Dios les acepta porque pasaron adelante como respuesta al llamado del evangelista. Como mucha predicación evangelística es subjetiva y orientada a la experiencia personal, la atención de los oyentes se centra en ellos mismos y en su respuesta personal a la predicación. Los cristianos dan informes emocionales de la conversión de niños, adolescentes, y adultos, suponiendo que ellos han comprendido el Evangelio y son verdaderamente salvos, simplemente porque han efectuado la acción observable de tomar una "decisión por Cristo".

En la mayoría de los círculos evangélicos, se acostumbra requerir que la gente indique públicamente su decisión por Cristo levantando su mano, poniéndose de pie o caminando al frente del salón, y haciendo una oración con el fin de aceptar a Cristo. La mayoría de los predicadores del Evangelio y cristianos hacen tanto énfasis en la "invitación" y en la respuesta exterior, que muchos cristianos ahora están convencidos de que ésta es una parte integral y vital del ministerio de la iglesia. En una ocasión, cuando un pariente mío predicó claramente el Evangelio sin hacer un llamado al terminar el sermón, una dama cristiana expresó su desaprobación al salir de la reunión con la frase: "¡Ni siquiera dio a la gente la oportunidad de salvarse!" No tiene nada de malo que se le de a la gente la oportunidad de expresar públicamente su fe en Cristo. El peligro está en el énfasis antes y después de la "invitación" que hace que la gente base su salvación en sus propias acciones

personales como respuesta a Dios, en vez de basarse en las acciones de Cristo proclamadas en el Evangelio.

Al referirme a este tema durante un seminario con misioneros en las Filipinas, afirmé que nunca había "llevado" a ninguno de los creyentes palawanos al Señor, y expliqué cuidadosamente lo que quería decir. Yo no le había pedido a los palawanos que oraran para "aceptar a Cristo" en mi presencia, ni les dije que necesitaban hacer una oración de aceptación para ser salvos. Solamente les prediqué el Evangelio y después los exhorté a poner su fe completamente en Cristo y el Evangelio. Dónde, cómo, y qué hicieran en el momento de su conversión no era lo importante.

Una misionera en el seminario estuvo en firme desacuerdo con mi afirmación de que: "Uno no necesita orar para ser salvo". Cuando objetó, respondí: "Entonces yo he extraviado a muchos. Les enseñé a los palawano que si sencillamente creían el Evangelio y confiaban en Cristo, serían salvos. Pero no les dije que debían orar. Según lo que usted dice, debo ahora preguntar a los creyentes si oraron cuando creyeron. Si no lo hicieron, debo advertirles que a menos que lo hagan estarán perdidos".

Algunas personas usan Romanos 10:9-10 para sustentar que una persona debe hacer una aceptación verbal si ha de ser salva. Pero esto entonces significaría que los mudos o los moribundos, quienes no pueden hablar, no podrían ser salvos. Además, significaría que a menos que una persona estuviera ante otra persona a quien pudiera confesar ". . . con [su] boca que Jesús es Señor. . ." no podría nacer de nuevo. La primera sección de Marcos 16:16 dice: "El que creyere y fuere bautizado, será salvo..." ¿Significa esto que el bautismo es necesario para que alguien sea salvo? ¡Claro que no! Esta porción debe interpretarse a la luz del resto del versículo: "... mas el que no creyere, será condenado". Todas estas Escrituras deben interpretarse a la luz del inequívoco énfasis de toda la Biblia —que la salvación en Cristo se recibe solamente por fe y no depende de ninguna acción humana.

En cierta oportunidad, conversaba con otro misionero y él me dijo cómo, hacía muchos años, había llegado a tener seguridad de salvación. Ocurrió inesperadamente al terminar una reunión cuando el predicador pidió a todos los salvos que levantaran la mano. Dado que, en ese momento, no sabía si era verdaderamente salvo, trató desesperadamente de mantener abajo su mano, pero fue forzado a levantarla por un poder exterior a él mismo. Me contó que por esta experiencia nunca volvió a dudar de su salvación. En otra ocasión, una cristiana me dijo que recibió seguridad de salvación a través de una experiencia insólita. Fue atacada por un pájaro bravo y salvaje, pero ella lo miró a los ojos y le dijo: "No puedes tocarme porque soy hija de Dios". Como el pájaro no la picó, ella se sintió segura desde ese instante de pertenecer en realidad a la familia de Dios.

Las experiencias, no importa cuan vividas y sobrecogedoras sean, nunca deben ser la base para creer que uno es salvo. La Palabra de Dios debe ser el único fundamento de la seguridad de salvación. Juan dice de su Evangelio: "Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre" (Juan 20:31). Cada cristiano es responsable de asegurar que su predicación y sus métodos evangelísticos enfoquen a Cristo y su muerte, sepultura y resurrección, como el único cimiento firme de la seguridad de la salvación de sus oyentes. Así como el ojo físico no se contempla a sí mismo sino que ve solamente el objeto que enfoca, la fe verdadera mira solamente a Cristo. Nunca debemos aceptar ningún acto exterior de alguien que profesa ser convertido como la base para aceptarle como persona nacida de nuevo. La única base escritural para recibir la declaración de la persona que dice ser salva es su comprensión de las verdades fundamentales del Evangelio y su fe en ellas.

En Palawan, una anciana dama palawana, casi sin dientes y muy arrugada, que había estado sentada por más de una hora en el vestíbulo de nuestra casa, finalmente nos reveló el motivo de su visita. Sonriendo, dijo: "Nieto, estoy confiando en Jesús".

Aun antes de que ella hablara, era evidente que tenía algo de importancia que decirme porque había esperado pacientemente a que se hubieran ido todos los demás visitantes. Aunque yo había imaginado que sus noticias se relacionaban con su fe en Cristo, eso no disminuyó mi emoción y gozo cuando ella declaró su dependencia del Salvador. Mi reacción natural fue acercarme y abrazarla, pero la cultura y el decoro palawanos, así como el temor de que tal acto confirmara una fe sincera pero infundada, me frenaron. Aceptar inmediatamente su testimonio, sin una cuidadosa investigación, no hubiera sido prudente. Ella podía estar siguiendo a los otros miembros de su familia que habían venido ya en los días anteriores a expresar su dependencia de Cristo y Su obra redentora. Por amor a ella y a la inmadura iglesia de esa región de Palawan, me vi obligado a hacer todo lo posible para asegurar que su fe reposara en los cimientos de las Escrituras que yo me había esforzado por establecer.

"Abuela" —le respondí— "me da gran gozo escuchar que estás confiando en el Señor Jesús como tu Salvador. Pero ¿por qué confiaste en Él? ¿Por qué necesitas al Señor Jesús?"

"Soy pecadora", fue su respuesta inmediata.

"Pero abuela, ¿por qué dices eso? Amas a tu familia. Eres buena y trabajas duro".

"Sí, pero ante Dios soy pecadora", insistió.

Multitudes
de meros
"profesantes"
creen que
Dios les acepta
porque pasaron
adelante como
respuesta
al llamado

"Pero abuela, aunque seas pecadora, ¿por qué necesitas al Señor Jesús? ¿Por qué confiaste en Él? ¿Qué ha hecho Él por ti?"

"Ah, nieto, Él fue quien murió por mí. Él murió por mis pecados".

Lágrimas de gozo llenaban mis ojos cuando respondí: "Abuela, estoy tan contento de escuchar lo que has dicho, porque la Palabra de Dios dice que todos los que confían solamente en el Señor Jesús como su Salvador, creyendo que Él murió por ellos y después resucitó, tienen todos sus pecados perdonados por Dios y nunca irán al infierno. Tienen vida eterna y serán recibidos por Dios en el cielo".

Cuán diferente fue el testimonio de esta primitiva mujer tribal analfabeta comparado con el de la tía de mi esposa, quien pasó al frente en respuesta a un "llamado" evangelístico en una campaña en Australia. Nos emocionó pensar que ella pudiera ser el primero de los familiares de Fran, fuera de su familia inmediata, que se convirtiera. Así que Fran fue a hacerle una visita y le preguntó acerca de su profesión de fe. Pronto se hizo evidente que su tía estaba impresionada por sus propios sentimientos personales y

su gran experiencia emocional, no por el hecho histórico de lo que había realizado Cristo a su favor. Con el empeño de descubrir las bases verdaderas de la seguridad de su tía, Fran le preguntó: "Tía, ¿por qué pasaste al frente cuando el predicador dio la invitación? ¿Fue porque te diste cuenta de que eres pecadora?".

"¿Pecadora? ¡Yo no soy pecadora!", exclamó ella.

A pesar de su falta de comprensión acerca de, siquiera, las verdades más básicas de la Escritura, los cristianos la habían aceptado como salva simplemente porque ella había respondido a la "invitación".

Por más cuidado que tengamos al interrogar a quienes profesan ser convertidos, habrá quienes parecerán ser cristianos, pero que con el tiempo se alejarán, así como nos enseña la parábola del sembrador. Este peligro debe motivarnos a poner aun más empeño en mantener la pureza, simplicidad y objetividad del mensaje del Evangelio, para que la gente confíe en la justicia de la obra de Cristo, no en la suya.

Personas no preparadas para el Evangelio

Hemos usado la analogía bíblica de la "construcción" para ilustrar la obra de la predicación del Evangelio, pero el Señor también utilizó la "agricultura" en Su Palabra para enseñarnos el procedimiento correcto para hacer Su obra. Por ello, les contaré la parábola de un agricultor y sus hijos.

Un hombre que estaba por irse de su casa por algún tiempo, dejó a sus hijos con instrucciones de sembrar buena semilla en toda su granja. Les proveyó la buena semilla y prometió regresar en la época de la cosecha.

Durante varios años, el padre de los muchachos había escrito un libro en el cual recopiló sus experiencias como agricultor. Explicaba cómo había trabajado con cada tipo diferente de tierra. Anotó cómo había tratado distintas hierbas malas y cuáles condiciones impedían el crecimiento de la buena semilla. En algunas partes hablaba del suelo inútil que solamente producía malezas y espinos. Otro suelo, si se preparaba adecuadamente, había resultado productivo; pero todo el suelo, incluso el mejor, necesitaba mucha preparación y un cuidado constante si había de producir una cosecha abundante.

Los hijos se complacían en obedecer a su padre, de modo que, según su mandato, se fueron al campo. Llevaron consigo el libro y a buena semilla.

Al llegar allí, hallaron grandes árboles, enmarañadas malezas y espinos. Hasta los campos que su padre había cultivado antes estaban hora llenos de hierbas malas, y el terreno estaba rocoso y duro.

Sintiéndose deprimidos, los hijos tomaron el libro de su padre y volvieron a leer su último mandamiento. Sí, era claro: "Siembren la buena semilla en cada parte de la finca". Por lo tanto, se dedicaron a hacer, lo mejor que pudieron, lo que su padre les había mandado. Pero como les parecía que era muy obvio lo que tenían que hacer, dejaron a un lado el libro de instrucciones y se pusieron a trabajar. Un hijo cortó algo del rastrojo, y después de deshierbar un poco, empezó a sembrar la buena semilla. Otro derribó algunos árboles, mientras el tercero quitaba a mano limpia la maleza antes de sembrar la buena semilla. Cada uno emprendió el trabajo con entusiasmo y vigor, pero con poco éxito. Con gran devoción, ensayaron muchas ideas y métodos diferentes. Aunque sus ideas parecían brindar resultados por un tiempo, finalmente las malas hierbas ahogaban la mayoría de las nuevas plantas o éstas se morían por la dureza del suelo. Solamente unas pocas semillas finalmente echaron raíces y crecieron.

El libro de su padre, que contenía los relatos de sus experiencias y métodos de cultivo, era valorado, pero no aplicado al trabajo.

Un día, desesperados, los hijos tomaron el libro y comenzaron a leer. Se dieron cuenta que él había experimentado los mismos problemas que ellos habían encontrado. Hallaron la explicación de sus métodos para preparar el terreno antes de sembrar la buena semilla y la leyeron cuidadosamente. Entonces, siguiendo su ejemplo, derribaron los árboles, desarraigaron las malas hierbas, araron, fertilizaron y regaron la tierra. Una vez que el terreno estaba roturado y bien preparado, sembraron la buena semilla. Como

resultado de seguir los métodos y principios que su padre había dejado escritos, más y más semillas echaron raíces y florecieron.

Tierra no preparada

En Jeremías 4:3, el Señor dice: "Arad campo para vosotros, y no sembréis entre espinos". Este versículo enseña un principio espiritual sobre el cual se hace énfasis en todas las Escrituras, y destaca una de las fallas mayores en la evangelización. La mayoría de los evangelistas, predicadores y maestros ni en su propio país ni en el campo misionero dedican suficiente tiempo a la preparación de las mentes y los corazones de la gente antes de ofrecerles el Evangelio. La semilla del Evangelio con frecuencia es sembrada en terreno duro, espinoso, no arado, y mal preparado. En muchos casos, los resultados son profesiones que no duran mucho tiempo y dan poco crecimiento y no hay fruto permanente.

En la parábola del sembrador en Mateo 13:3-8, parte de la semilla cayó en el camino, parte en tierra poco profunda, y parte entre espinos. Esta semilla pronto fue quitada, se secó o se ahogó. Algunos creen que esta parábola nos enseña que es nuestra responsabilidad sembrar la semilla del Evangelio, sin tener en cuenta la condición del corazón de nuestros oyentes. Es cierto que siempre existirán los tipos de personas ilustrados por la parábola del sembrador. Incluso algunos que afirmaron creer y seguir a nuestro Señor Jesús eran falsos profesantes. Pero ¿qué nos está enseñando en realidad Jesús a través de esta parábola?

¿Estaba enseñando Jesús que debemos sembrar la semilla en terreno rocoso sin preparar? ¿Quiso el sembrador sembrar la semilla en el camino? ¿Fue su intención sembrar entre los espinos? ¿Acaso pretendía recoger una cosecha de la semilla sembrada en pedregales, donde no había mucha tierra? ¡Claro que no! El sembrador había preparado el terreno para sembrarlo con buena semilla. Su propósito era sembrar la semilla solamente en el terreno que había preparado. No tiró la semilla buena intencionalmente al suelo sin preparar; sino que mientras sembraba la semilla en terreno preparado, parte cayó en tierra no preparada. Ninguna semilla caída en suelo sin preparación produjo fruto. Lo principal que nos enseña Jesús mediante esta parábola del sembrador es que la buena semilla crece bien y da fruto solamente en tierra preparada.

El corazón humano no es por naturaleza buena tierra para la semilla del Evangelio. La historia del hombre que cuentan las Escrituras hace evidente que ningún descendiente de Adán se inclina naturalmente a Dios o a Su camino de salvación. "No hay quien entienda, no hay quien busque a Dios". "...no conocieron camino de paz; no hay temor de Dios delante de sus ojos" (Romanos 3:11,17-18). "... los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco

pueden" (Romanos 8:7).

La persona natural puede seguir religiones falsas y servir a dioses hechos por el hombre o incluso a lo que considera el verdadero Dios vivo. Algunos hasta aceptan con alegría un evangelio que se parece al verdadero Evangelio de Cristo. Conforme a las Escrituras, sin embargo, ninguna persona busca al verdadero Dios vivo ni puede venir a Cristo por fe, a menos que Dios la busque primero por Su Espíritu a través de Su Palabra (Juan 6:44-45).

**Ninguna
persona
busca a Dios
ni puede venir
a Cristo por fe,
a menos que
Dios la busque
primero por
Su Espíritu
a través de
Su Palabra.**

Necesidades sentidas

En años recientes, en muchos círculos misioneros, se ha hecho énfasis no escritural en las necesidades culturales sentidas como base para la presentación del Evangelio. Algunos enseñan enfáticamente que, si el Evangelio ha de ser aceptable, significativo y relevante a nuestros oyentes, debemos primero saber cuáles son sus necesidades sentidas y comprenderlas, y luego ofrecer el Evangelio como la respuesta divina a estas necesidades sentidas.

Quienes destacan las necesidades culturales sentidas como la clave para comprender y aceptar el Evangelio están confundiendo los resultados y las bendiciones del Evangelio con el Evangelio mismo. El verdadero Evangelio nunca es culturalmente relevante. El Evangelio no fue dado por Dios para satisfacer los deseos naturales de ningún ser humano, no importa su cultura. La misión principal de Jesucristo en el mundo no fue hacer a la gente feliz, tranquila, y segura, ni siquiera darles un sentido de pertenencia o para que se sintieran amados. Estas bendiciones son el fruto del Evangelio y deben ser experimentadas en las vidas de quienes creen en el Evangelio. El Evangelio que predicamos, no obstante, no es enviado por Dios como buena nueva para aquellos cuya búsqueda básica es ser felices tranquilos, seguros, sanos, o quienes simplemente quieren ir a cielo.

Estos son deseos naturales de la carne y pueden ser el fruto de la naturaleza pecaminosa y egoísta del hombre, y son también los deseos de la mayoría de los ateos más ardientes y los criminales más depravados.

Ofrecer el Evangelio sobre la base de los deseos naturales o las necesidades culturales sentidas sitúa al hombre y sus deseos en el centro de nuestro mensaje. Así, entronizamos al hombre y su felicidad. Cuando se presenta el Evangelio de esta forma, damos a entender que el objetivo de Dios es satisfacer las necesidades del hombre, cualesquiera que sean. Esto no es bíblico. Dios no existe para el hombre. El hombre existe para Dios. "Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas" (Apocalipsis 4:11).

¿Vino Jesús a este mundo a satisfacer las necesidades sentidas?
No! El vino a solucionar el problema del pecado. Juan escribió: **"Y nosotros hemos visto y testificamos que el Padre ha enviado al Hijo, el Salvador del mundo"** (1 Juan 4:14). El ángel dijo a José: **"... llamarás su nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados"** (Mateo 1:21). **"... el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido"** (Lucas 19:10). La misión de nuestro Señor fue resolver, en primer lugar, el problema de la perdición del hombre en el pecado, porque el pecado es una afrenta a Dios en Su Santidad y posición como soberano Creador y Rey. Es por eso que el Hijo dijo a Su Padre: **"He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad..."** (Hebreos 10:9). Jesús cumplió su misión al sufrir el justo juicio de un Dios santo.

Jesús no trató de llegar a la gente de Su época sobre la base de la comprensión de sus necesidades. En los días de Jesús, el deseo natural del judío promedio era de un rey o una figura política que librara a Israel del yugo de sus enemigos. Después de que Jesús alimentara a los cinco mil, se dio cuenta de que la gente iba a tratar de apoderarse de Él para hacerle rey, de manera que **"... volvió a retirarse al monte él solo"** (Juan 6:15). Al día siguiente, la multitud buscaba a Jesús porque quería ser alimentada. Jesús, sin embargo, no les respondió sobre la base de estas necesidades sentidas. En vez de ello, les dio a conocer sus verdaderas necesidades desde el punto de vista de Dios. Ofendió a tantos con Su mensaje que Juan nos dice que: **"Desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con Él"** (Juan 6:66). La mayoría de los judíos rechazó la apreciación de Jesús de sus necesidades, porque no veían su gran necesidad de un Salvador para librarlos de la servidumbre del pecado (Juan 6).

Pablo cuenta que el mundo gentil estaba más interesado en la sabiduría y filosofía humanas que en la salvación de la depravación y la condenación por sus pecados. Tanto a judíos como a gentiles, no preparados por Dios, la predicación de la cruz era irrelevante y necia, pero Pablo no se acomodó a la búsqueda de sabiduría de los gentiles ni al deseo de los judíos de señales y milagros. Pablo predicó el Evangelio, el poder de Dios que salva a los pecadores que creen. Él dijo: **"Pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura"** (1 Corintios 1:23).

"... Cuando fui a vosotros" —recordó Pablo a los creyentes corintios— "no fui con excelencia de palabras o de sabiduría ... ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría ..." (1 Corintios 2:1,4). El sabía que las necesidades sentidas de la gente de la perversa Corinto no eran cimientos sanos para el Evangelio. Pablo sabía que **"... el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente"** (1 Corintios 2:14).

El Espíritu Santo vino al mundo a convencerlo de pecado, justicia y juicio (Juan 16:8). Jesús vino a llamar a los pecadores al arrepentimiento (Mateo 9:13). Dios **"... manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan"** (Hebreos 17:30). La base bíblica para el Evangelio es un sentido de nuestra pecaminosidad ante Dios y el reconocimiento de que solamente la misericordia y la gracia de Dios pueden proporcionarnos el perdón de nuestros pecados. Ninguna criatura reconoce naturalmente esta necesidad espiritual.

Cuando la mayoría de los palawanos profesaron conversión inicialmente, habían respondido debido a necesidades culturales sentidas y no porque el Espíritu Santo les hubiera enseñado sus necesidades espirituales. Abrazaron el cristianismo por razones erróneas. Por ser animistas, estaban convencidos de que su bienestar físico y material, dependía de su capacidad para mantener a los espíritus felices y contentos. Muchos de los que profesaron conversión asumieron una actitud similar hacia Dios. Procuraron agradar a Dios y ganar Su aceptación mediante el bautismo, la lectura de la Biblia, y la asistencia a las reuniones para orar y cantar. Procuraron guardar lo que ellos percibieron como las "reglas cristianas" para poder experimentar las bendiciones de Dios en sus vidas.

Anteriormente, cuando creían que los espíritus les habían sanado, ofrecían una fiesta de agradecimiento. Creían que era necesaria para satisfacer a los espíritus y para que no les hicieran más mal. Después, cuando atribuyeron su sanidad a Dios, muchos creían que era obligatorio ir a la iglesia para dar un testimonio de agradecimiento, contando todo lo que había pasado durante su enfermedad y sanidad. Acostumbraban concluir tales testimonios con las palabras: **"Por esto, Dios es real"**.

Para los palawanos, la sanidad del Señor parecía ser la mayor prueba de que Dios existía, así como en los años anteriores ellos habían confiado en los espíritus y en Su poder para sanar. El poder y la bondad de Dios para sanarlos y Su atención a sus necesidades físicas eran de primera importancia para ellos; eran las razones básicas de su fe en Él. Pero cuando parecía que Dios dejaba de responder a sus oraciones, muchos se volvían a los espíritus y los brujos para satisfacer sus necesidades sentidas. Su "cristianismo" no duraba, porque se basaba en necesidades sentidas y no en las necesidades espirituales reveladas por Dios.

Al decir esto no quiero dar a entender que el Señor no se interesa en los sentimientos o las necesidades de las personas. Sí se interesa, pero sabe que las necesidades personales de ningún hombre se pueden satisfacer sin que deje primero que Dios supla la necesidad mayor y primaria —que sea reconciliado con Dios—. Como Dios se interesa en los sentimientos y padecimientos de la persona, nosotros también debemos interesarnos. Aun así, si en

Si el pecador
va a ejercer
verdadera fe
salvadora, el
Espíritu
Santo debe
iluminarlo a
través de la
Palabra de
Dios.

realidad queremos ser ministros de bien para ellos, debemos preparar a los pecadores para que vean sus necesidades verdaderas desde la perspectiva de Dios.

Aunque la presentación del Evangelio no debe basarse en necesidades sentidas, los misioneros deben tener un buen conocimiento de la cultura de las personas a quienes enseñan. Jesús y el apóstol Pablo presentaron el Evangelio dentro del contexto cultural de sus oyentes. En la misma manera, los misioneros deben usar ilustraciones y expresiones idiomáticas culturalmente apropiadas para comunicarse efectivamente dentro del contexto cultural. Debemos ser conscientes de las necesidades culturales sentidas de la gente para, mediante la enseñanza correctiva, guardarnos de malos entendidos y del sincretismo al enseñar las Escrituras.

La ignorancia y los malos entendidos

El corazón debe ser preparado por Dios para la recepción de las Buenas Nuevas. El corazón malo del hombre, con sus deseos egoístas naturales, no es tierra fértil para la buena semilla del Evangelio. Es más, la predicación del mensaje de la salvación por medio de Cristo no dará fruto donde las mentes de las personas permanezcan en la oscuridad, ajenas a las realidades espirituales. La fe salvadora se basa en la verdad de Dios comprendida.

En el libro *Alicia en el país de las maravillas* de Lewis Carroll, la reina dice a Alicia:

"Ahora te diré algo para que lo creas. Tengo exactamente ciento un años, cinco meses y un día'.

"¿No puedo creerlo!', dijo Alicia.

"¿No puedes?', dijo la reina en tono compasivo. 'Intentalo de nuevo: respira profundo, y cierra tus ojos'.

"Alicia rio. 'No tiene sentido intentarlo', dijo ella, 'uno no puede creer en cosas imposibles'.

"Debe ser porque no tienes mucha práctica', dijo la reina. 'Cuando yo tenía tu edad, siempre lo hacía durante media hora al día. Por eso, he podido creer unas seis cosas imposibles antes del desayuno'.

Un eminente maestro de la Biblia citó este diálogo y después observó que la gente no regenerada está erróneamente convencida de que el significado de la fe es "respirar profundo; cerrar los ojos a los hechos y la realidad, y creer".

Dios siempre obra dentro de la racionalidad. La verdad se presenta al intelecto para que la reciba, comprenda y crea. Es sorprendente que a pesar del énfasis de las Escrituras sobre la necesidad de comprender la verdad, muchos cristianos no ven esto como algo básico para la verdadera fe salvadora.

La razón principal de la confusión entre el pueblo palawano era su ignorancia del Evangelio y de las verdades que ha dado Dios como la única preparación para el Evangelio.

Un día, estaba caminando con un misionero que pensaba que

yo esperaba que la gente de la tribu comprendiera demasiada verdad bíblica antes de aceptarles como verdaderos hijos de Dios. Estábamos conversando sobre la confusión de los palawanos respecto del camino de salvación. El afirmó: "Cuando yo fui salvo, no sabía nada".

Respondí: "Si no sabías nada, no fuiste salvo. Dime, ¿qué hiciste al ser salvo?"

"Confíe en Cristo", respondió él.

"Pero ¿por qué confiaste en Cristo y no en Mahoma o en Buda?"

"Confíe en Cristo porque sabía que Él había muerto por mí."

Le seguí preguntando: "Pero ¿por qué necesitabas que alguien muriera por ti?"

"Sabía que yo era un pecador destinado al infierno", respondió.

"Bueno, parece que con todo, sí sabías algo", fue mi respuesta.

En la parábola del sembrador, el Señor Jesús dijo: "*Cuando alguno oye la palabra del reino y no la entiende, viene el malo, y arrebatada lo que fue sembrado en su corazón. Este es el que fue sembrado junto al camino*" (Mateo 13:19).

Cuando Felipe encontró al etíope eunuco y le escuchó leer al profeta Isaías, Felipe le preguntó: "*¿...entiendes lo que lees?*" (Hechos 8:30). Felipe reconoció que este hombre no podría nunca ejercer una verdadera fe salvadora a menos que comprendiera primero lo que enseña la Palabra de Dios acerca de la salvación.

Cuando una persona es salva, puede desconocer algunas verdades bíblicas, pero hay ciertos hechos que sabrá con seguridad. Sabrá que Dios es el justo y santo Juez de todos. Sabrá también que es una persona pecadora ante Dios y que no puede hacer nada para salvarse. Además, sabrá que Cristo murió por él: para pagar el precio completo del perdón de sus pecados y que Cristo resucitó de los muertos. Este es el Evangelio que predicó el apóstol Pablo: "*... os declaro, hermanos, el Evangelio que o he predicado, el cual también recibisteis, en el cual también perseveráis; por el cual asimismo, si retenéis la palabra que o he predicado, sois salvos, si no creísteis en vano*" (1 Corintio 15:1-2). Este es el Evangelio que debe ser escuchado, comprendido y creído si una persona ha de participar de la salvación de Dios.

Un día, dos hombres palawanos que eran maestros de su iglesia local me enviaron un mensaje pidiéndome que fuera a bautizarlos. Había pensado que estos hombres ya habían sido bautizados: pues casi todo el mundo allí fue bautizado cuando por primera vez profesaron creer en Jesús.

Un filipino que se estaba preparando para la obra misionera me acompañó al pueblo. También enviarnos un mensaje a los ancianos dirigentes de otra iglesia más establecida, pidiéndoles que se reunieran con nosotros en la aldea donde vivían estos dos hombres. Mi compañero y yo decidimos no tocar el tema del bautismo sino enseñar sobre la salvación exclusivamente por gracia a través de la fe.

Enseñamos durante dos días públicamente y a nivel personal, recalcando la condición pecaminosa e impotente del hombre, el Evangelio, y la justificación solamente por fe. Los dos hombres que habían pedido ser bautizados asistieron a las reuniones públicas y también a las charlas en grupo. Intencionalmente no hicimos referencia a su deseo de ser bautizados, porque no estábamos convencidos de que tuvieran verdadera claridad sobre la salvación por la sola gracia. Si mediante la enseñanza se daban cuenta que no eran salvos, queríamos que pudieran decidir no bautizarse sin ninguna vergüenza. Si ellos planteaban el asunto de su bautismo, les haríamos preguntas, a fin de determinar en qué confiaban para su salvación.

Al término de la reunión final, los hombres preguntaron públicamente si podían ser bautizados. Sabiendo el concepto errado que la mayoría de los palawanos tenían del bautismo, les pregunté por qué deseaban ser bautizados.

A pesar de toda la enseñanza que habíamos dado sobre la salvación aparte de las obras, uno de ellos respondió: "Para que pueda conocer verdaderamente a Dios".

Le pedí que abriera su NT en Juan 14:6. "Ontoy", le pregunté, "¿dice tu Biblia, 'el río es el camino, la verdad y la vida. Nadie viene al Padre sino por el bautismo'?"

El respondió: "No".

Le dije: "Ontoy, si mueres creyendo que el bautismo te va a llevar a Dios, irás al infierno. Dios no te aceptará".

Después de enseñar un poco más, regresamos a casa. Varios meses después, Ontoy caminó desde su pueblo a nuestra casa en

busca de medicinas. En el vestíbulo de nuestra casa, le di la mano y, mirándole a los ojos, le pregunté: "Ontoy, ¿cómo está todo contigo? ¿Ya conoces la verdad?"

Ontoy respondió: "Sí, ¡conozco al Señor!" El continuó: "Hermano, cuando me dijiste que iba al infierno si confiaba en el bautismo, fue como si me hubieran enterrado un cuchillo en el hígado. Te amo y me dolió que me hablaras de esa forma. Pero quiero agradecerte por decirme la verdad. Me hubiera muerto e ido al infierno. Ahora confío solamente en Cristo".

Estos dos hombres llegaron a tener una comprensión clara del Evangelio y confiaron en el Señor Jesús como salvador. Sus testimonios fueron excelentes cuando posteriormente algunos de los ancianos de la iglesia palawana los bautizaron.

La fe no es un sentimiento místico. No es una simple esperanza ni ciego azar. La fe no es un suicidio intelectual. No es contraria a la razón. La fe salvadora se basa en hechos bíblicos objetivos, históricos; está bien fundamentada. La verdadera fe reposa en la segura Palabra de Dios. El Evangelio, por lo tanto, debe ser comprendido si ha de ser creído para la salvación del alma. Si el pecador va a ejercer verdadera fe salvadora, el Espíritu Santo debe iluminarlo a través de la Palabra de Dios.

La salvación que Dios ofrece a los pecadores descansa en una sencilla comprensión y fe en la Palabra de Dios respecto de la muerte, sepultura y resurrección del Señor Jesús. Dios, en la persona de Cristo, intervino en la historia y actuó a nuestro favor. El vivió, murió en lugar de nosotros, y resucitó. Una persona ejerce fe cuando aparta su mirada de todo esfuerzo personal, mira la historia salvadora de Cristo y depende solamente de Él y de Su obra de salvación en favor del pecador.

Los fundamentos del Evangelio

El Evangelio es la buena noticia de Dios acerca de Su Hijo. Pero ¿a quién ofrece Dios esta buena noticia? ¿A quién llama el Señor a comer el pan de vida? ¿A quién ofrece Él el agua de vida?

En la Palabra de Dios se ve claramente que Él ofrece buenas noticias a quienes reconocen su pobreza espiritual. Pan al hambriento, agua al sediento, descanso al cansado y vida al muerto. Las buenas nuevas de Dios son para todos, pero la persona no preparada por Él nunca aceptará el Evangelio de la gracia de Dios. El Señor sabe eso, y nos manda no echar las perlas del Evangelio delante de los cerdos, es decir, a quienes no sienten necesidad ni aprecian la misericordia de Dios.

Mateo dice en su evangelio: "Y aconteció que estando él sentado a la mesa en la casa, he aquí que muchos publicanos y pecadores, que habían venido, se sentaron juntamente a la mesa con Jesús y sus discípulos. Cuando vieron esto los fariseos, dijeron a los discípulos: ¿Por qué come vuestro Maestro con los publicanos y pecadores? Al oír esto Jesús, les dijo: Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. Id, pues, y

aprended lo que significa: Misericordia quiero, y no sacrificio. Porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores, al arrepentimiento" (Mateo 9:10-13).

Como los fariseos eran justos en su propia opinión, Jesús no les invitó a venir a Él. Les dijo lo que primeramente debían hacer: "Id y aprended". ¿Qué debían aprender? Necesitaban aprender que eran incapaces de ofrecer a Dios algo que pudiera satisfacer Sus santas y justas demandas, y que tenían, por consiguiente, necesidad de la misericordia del Señor. Sólo a quienes están cargados con la conciencia de su propia pecaminosidad ante Dios, Jesús les extiende la invitación: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar" (Mateo 11:28). Dios envió a Juan el Bautista a realizar la necesaria labor de la preparación de Israel para recibir al Mesías y Su Evangelio (Mateo 3:1-12). Pero los líderes religiosos, justos en su propia opinión, rehusaron aceptar el mensaje de condenación de Juan. Permanecieron duros y sin quebrantarse. Lucas en su evangelio dice: "Y todo el pueblo y los publicanos, cuando lo oyeron, justificaron a Dios, bautizándose con el bautismo de Juan. Mas los fariseos y los

